



Riesgo

El tiempo de Pascua nos presenta a los Apóstoles predicando con gran valentía el Evangelio. Vemos también cómo los primeros cristianos vendían sus posesiones y ponían todo en común. Esta gran libertad para anunciar al Resucitado puede parecerse demasiado arriesgada. Por el evangelio ponían en juego su vida y sus bienes. Hoy, en tiempo de pandemia, se habla mucho de no correr riesgos. En muchos casos se trata de una invitación sabia a la prudencia. Pero se abre también a exageraciones. Puede ser bueno reflexionar sobre la palabra “riesgo”.

Vivimos en una sociedad acostumbrada a los seguros como forma de evitar riesgos. Hoy, con la pandemia, se considera irresponsable arriesgarse, aunque según para qué cosas. Se entiende que hay ciertos riesgos inevitables, como para conseguir alimento. Con otras actividades, como el culto divino, el riesgo tiene que ser cero. La eliminación de riesgos se pone al servicio de la supervivencia: conservar la vida. Se pueden tolerar otros riesgos, como el económico, siempre que no se arriesgue la propia salud o la de los demás. Echamos de menos el espíritu romántico de aventura. ¿Estaríamos de acuerdo con Espronceda?: “Y si caigo, ¿qué es la vida? / Por perdida ya la di, / cuando el yugo del esclavo / como un bravo / sacudí”.

Pensar en término de riesgos va normalmente unido a pensar en términos estadísticos. ¿Cuál es el tanto por ciento de riesgo en tal o cual operación? Es un razonamiento que tiene su utilidad, pero también puede llevarnos a olvidar a la persona concreta. Decir, por ejemplo, que alguien, por su estilo de vida, tiene un riesgo alto de contraer tal enfermedad, no implica que esta persona está enfermo ni vaya a estarlo. La estadística tiende a hacer desaparecer lo concreto.

Otra dificultad con el deseo de asegurarnos a todo riesgo es que el riesgo es la persona misma del otro. Nos estamos acostumbrando a considerar al otro, y a las relaciones con los otros, como algo que pone en peligro la propia supervivencia, como algo ante lo que tenemos que protegernos.

La mentalidad anti-riesgo puede conducir a una visión de la vida absolutamente bajo nuestro control. No correr riesgos con la vida significaría entonces querer retener la vida para nosotros. Desde este punto de vista, el riesgo, en cuanto apertura de la vida más allá de nosotros, es esencial para vivir. Jesús lo dijo: el que quiera ganar su vida la perderá. La vida solitaria se arriesga, para no arriesgar la vida en el amor. Pero es la vida en relación (con Dios, con los hombres) la verdadera vida.

El riesgo de poner la vida a disposición de otro, se une a la visión de la seriedad de la vida. Julián Marías decía que la propiedad esencial de la vida es la seriedad, y algo parecido Romano Guardini. Seriedad se entiende aquí como su importancia, su peso, la grandeza de lo que hay en juego en ella. Y esta seriedad depende de la capacidad de apostar la vida a la carta del amor. El riesgo del amor siempre se puede tomar. Como decía Kierkegaard, la gran tragedia de la vida (y a lo que no podemos de ningún modo arriesgarnos) nace cuando dejamos de creer en el amor, porque entonces ya nada puede redimirnos.

La percepción de que la vida hay que entregarla, y que no se vive realmente si no se entrega la vida, nos ayuda a vivir los riesgos con serenidad, sin miedos. Los riesgos de la salud son riesgos penúltimos. Los asume un marido que cuida de su mujer enferma, porque no quiere poner en peligro su amor mutuo. Los asume un médico o un farmacéutico atendiendo a los enfermos. Los asume un hijo que acude al entierro de su padre, y un sacerdote que administra los sacramentos, y un fiel que los recibe.

El Reino de los cielos se parece a una perla preciosa. Por ella se vende todo lo que se tiene. Y el riesgo entonces se convierte en el riesgo del sembrador, que lanza la semilla a la tierra fértil. Lo verdaderamente peligroso sería retener la semilla en la mano. En el tiempo de Pascua leemos la multiplicación de los panes por parte de Jesús. Es el ciento por uno del grano que murió y ha resucitado. Que en este tiempo de coronavirus nuestro vivir (nuestro “dar la vida”) sea así de fecundo.